



Panfleto No. 099

Las Narrativas Bíblicas y la Decisión del Cristiano

Universidad de Montemorelos, No. L., México

LAS NARRATIVAS BÍBLICAS Y LA DECISIÓN DEL CRISTIANO

Por Miroslav M. Kis

“El problema más complejo del hombre ha sido el hombre mismo”¹ En el mismo fondo de nuestro ser experimentamos tensiones no fáciles. Una de las paradojas esenciales es la tensión entre las dimensiones físicas y espirituales de nuestro ser. Por una parte, compartimos con los animales dependencia total del mundo físico por alimentos, agua, aire y descanso. Este hecho (junto con la teoría evolutiva de los orígenes) ha impactado a los eruditos en diferentes disciplinas y estos han concluido que la naturaleza humana es producto del ambiente. Los humanos pertenecemos, querámoslo o no – dicen – tanto al mundo físico como al reino animal, y como los animales estamos determinados y confinados al ambiente. (Marx, Darwin, Skinner)

Por otra parte, a diferencia de los animales, los humanos somos capaces de trascender las limitaciones vicisitudes de nuestro mundo. Estamos dotados con un alma no ética (Aristóteles). Por esta razón estamos en constante búsqueda de libertad, autonomía y el mundo trascendente.² Basados en este aspecto de la naturaleza humana, varias escuelas de pensamiento arguyen a favor de una libertad total en contra de cualquier concepto absoluto y permanente. Los humanos estamos condenados a ser libres – dice Sastre. Los humanos están continuamente en el proceso de construirse a sí mismos (Sastre, James, Pierce).

¿Cómo pueden los humanos pertenecer al mundo físico, estar sujetos a sus leyes y necesidades y todavía poseer una naturaleza espiritual la cual pertenece al dominio de la libertad? Los griegos en la etapa clásica, concluyeron que la naturaleza humana es dualística, compuesta de: el cuerpo es una cárcel que mantiene al alma cautiva a las leyes físicas. Mucha de la teología cristiana hoy contiene algunas formas de esta cosmovisión dualística de la naturaleza humana.

La comprensión bíblica de la vida humana sigue una senda muy estrecha entre el determinismo y la libertad. La doctrina de la creación del hombre a imagen de Dios protege la ética adventista de ambos extremos y consecuentemente del nihilismo moral. Cuando consideramos a los humanos completamente encerrados en el mundo natural, sin ninguna libertad para elegir su propio destino y acciones, inevitablemente terminamos diciendo: “los genes me hicieron así como soy. Así soy y no puedo cambiar”. Un estudio hecho y recientemente publicado acerca del origen de la homosexualidad, dice que un desarreglo genético haría que un estilo de vida alternativo sexual fuese normal, pues este sería impuesto por la naturaleza.³ Como resultado de esto, el sentido de responsabilidad moral desaparece. Y si por el contrario, asumimos que nuestro ser es deforme, y que en el proceso de ser formados en los que queremos ser, no hay nadie a quien responder, no hay preferencias, sin alternativas buenas o malas. Cada individuo estaría como en un bote, en el infinito mar del tiempo, sin motor, y con algo de gasolina, pero sin timón.

De acuerdo a las Escrituras, de la mano del Creador salieron dos seres adultos, desarrollados. Y aunque Adán y Eva pertenecieron desde su primer suspiro al mundo natural, el ambiente no contribuyó en nada para hacerlos humanos. Fue Dios y sólo Dios quien determinó lo que Adán y Eva serían en el mundo. Dios únicamente conserva la patente de la humanidad. “El nos hizo y no nosotros a nosotros mismos.” (Sal. 100:3).

Mas las Escrituras insisten que la creación del hombre y de la mujer a la imagen de Dios, tiene serias implicaciones morales. Si pertenecemos a esta biosfera, pero no somos sus criaturas, debemos inferir que la vida y la conducta humana no pueden estar determinadas primariamente por el ambiente. Si el mundo natural, económico, social, y las condiciones culturales no son nuestra esencia, ellas no pueden por tanto dictar nuestro estilo de vida. Si es normal y saludable para un caballo actuar en armonía con su naturaleza y dotaciones, entonces es normal para los humanos actuar en armonía con lo que Dios define como humano. La semejanza a Dios e la estirpe esencial del hombre. Dios no sólo conserva la patente, sino que es el patrón del cual está hecha la humanidad.

Aquí es donde la ética adventista echa sus anclas para su sistema de normas morales. Por cuanto no estamos totalmente cerrados en nuestra dimensión física, no somos por lo tanto una masa indefinida de moléculas en proceso de realización propia. Tenemos el privilegio único de unirnos con nuestro Creador al formar un patrón de conducta en consonancia con sus caminos. Entre más nos asemejamos a Cristo, más auténticamente humanos somos. La conducta cristiana no es una vida de limitaciones, sino una vida de imitación.

Sin la divina revelación en las Escrituras, somos en verdad, nuestro problema más angustiante, y la amenaza más peligrosa para nuestro ambiente. Por esto la Biblia nos enseña “que clase de personas deberíamos de ser” en santidad y bondad. Por precepto y por ejemplo la Biblia nos enseña. ¡Ay! Si tan sólo pudiéramos captar sus lecciones.

El presente ensayo intenta sugerir un modo de aprender lecciones morales y maneras de vida extraídos de la Biblia, la única guía confiable para la humanidad pecadora.

I

Un estudio cuidadoso de la Palabra de Dios, nos conducirá a un maravilloso descubrimiento, y es: los seres humanos no hemos sido dejados al garete en el vasto océano del tiempo. Dios nos manifiesta su amor al indicarnos claramente cuáles son las normas de bondad, justicia, misericordia y de una vida humilde ante su presencia (Miq. 6:8). La Biblia presenta estas normas en los tres niveles del pensamiento moral (discurso moral).

1. Los principios

En el nivel más profundo de la conciencia moral, donde nos concebimos como personas morales, allí residen las nociones fundamentales de moral las cuales llamamos principios. Estas nociones permanecen oscuras, a menos que la luz de la Palabra de Dios brille sobre nosotros y nos las haga evidentes. Al adquirir conciencia de estos principios, nuestras relaciones interpersonales toman forma. La mayoría de los cristianos creyentes en la Biblia ven en los diez mandamientos, los salmos, Eclesiastés, Proverbios, los Evangelios (especialmente en el Sermón del Monte) y las Epístolas una cantidad suficiente de principios morales que cubren todas las situaciones de la vida.

Los principios pueden ser reconocidos, pues son: (a) generales (ML 74, 4T 572), (b) inmutables (4T 312, MYP 102), (c) eternos (7T 152), (d) justos (FE 512) y lo único firme que conocemos en el mundo (ED 183, PK 548). Además, la erudición ética reconoce a los principios como la base para la existencia de las normas morales y su justificación.⁴

2. Las reglas para la acción

Que la Biblia da pautas generales que indican más o menos la dirección de la voluntad de Dios, es una idea aceptada entre los eruditos cristianos. Mas cuando abordamos situaciones más concretas y reglas específicas de conducta que la Biblia apoya, y que son obligatorias para nosotros hoy tal acción no goza del mismo apoyo. Para muchos, esto parecería indicar una actitud legalista.⁵ Para otros, una amenaza peligrosa de casuística.⁶ Sin embargo, la evidencia bíblica apoya lo contrario. Y como Walter Kaiser anota:

El decálogo tiene todo el Éxodo como trasfondo y el código del pacto y las leyes subsecuentes en el Pentateuco parecen abarcar concretamente lo que ha sido establecido como principios generales del Decálogo. De este modo, los comentarios de Calvino sobre estos libros, surgen de manera armoniosa, como si el resto de los materiales después del Decálogo en Éxodo 20 fueron sólo ilustraciones de un resumen de las leyes morales universales.⁷

Estos preceptos, a diferencia de los principios, son específicos para determinada situación, prescribiendo una acción o una prohibición. Sin embargo, no se sostienen libre e independientemente. En tales casos, la conducta moral humana no tendría estructura ni coherencia. Las reglas de la acción moral pertenecen a uno o más principios morales de los cuales se derivan y a los cuales se aplican. Por lo tanto, es concebible que las reglas cambien bajo la influencia de los diferentes principios involucrados en un contexto moral dado.⁸

II

Pero la relevancia y utilidad de la Escritura como una guía moral no se anula con la revelación de principios morales y reglas específicas de conducta. Estos estándares son dados en un contexto viviente, para personas que han entrado en un convenio con Dios. Estos hombres y mujeres comprometidos con él, le han jurado lealtad y amor. Él a su vez, les ha prometido amor y lealtad. Las normas morales de conducta tienen su origen no en alguna corte legislativa que está por encima ajena a la gente común del pueblo. Estas provienen de una relación de pacto. Por esta razón la Palabra de Dios es mucho más justa que algunos códigos los cuales prescriben y proscriben la conducta humana. Estos describen el viaje de la humanidad caída, un viaje que va desde el paraíso perdido al paraíso recobrado. Las normas de conducta son parte de una narración dinámica del acto mismo de caminar el hombre con Dios. Son parte de las aventuras divinas/humanas en común, de las escapadas humanas y de la paciencia divina. Por lo tanto, cuando vemos que Dios usa mandamientos, que da órdenes, no vemos esto como una arbitrariedad. Son simplemente parte de nuestro pacto con él. Dios cumple su parte de la promesa del pacto hecho.

2. Modelos normativos

“Ahora, estas cosas,” las aventuras y aun las escapadas, “les acontecieron como ejemplo” –dice Pablo (1 Cor. 10:11). Cuando su pueblo se reveló contra Dios y lo puso a prueba (Vers. 9), o cuando se enfrascaron en malas prácticas sexuales (vers. 8), estas cosas les acontecieron a quienes estaban bajo el compromiso del pacto. Los otros pueblos, las otras naciones se portaron mal y desde luego cosecharon las consecuencias de sus actos. Pero cuando el pueblo de Dios actuó locamente, Dios el pactador, se vio implicado en sus acciones. Tuvo que cumplir su promesa y hacer su respuesta evidente. Esto, viéndolo desde la perspectiva de los israelitas o los miembros de la iglesia del Nuevo Testamento, llus

experiencia era más que un tema para el chisme. Llegó a serles una admonición. La presencia dinámica de Dios reverberaba a través de los eventos de las biografías bíblicas.

Por esta misma razón, “estas cosas” están preñadas de importancia moral para las generaciones futuras. Es por eso que no fueron registradas en la forma como los periodistas lo hacen. No fueron escritas porque constituyeran de noticia de interés. No... “fueron escritas para nuestra institución, en quienes los fines de los siglos han parado”. El resto del registro bíblico (más allá de los principios y normas) juega un papel crucial en la institución moral para quienes no fuimos contemporáneos durante los 16 siglos en que se escribió la Biblia. Los eventos fueron registrados para nuestra enseñanza. La razón es pues pedagógica. Al leerlas aprendemos lecciones en ellas. Son importantes para nosotros hoy. Son como un nicho seguro en el cual, y mediante el cual, Dios y yo podemos confiar el uno al otro. Y por cuanto Dios mismo ha probado estar involucrado en ellas, puede pedirnos que hagamos o no hagamos aquello que el no pediría a ningún otro; los que son extranjeros y advenedizos al pacto. Llamamos a “estas cosas” Modelos normativos. Los consideramos normativos, porque son una admonición para nosotros, para que no deseemos hacer el mal que ellos hicieron (vers. 6). Son así mismo modelos, fueron hechos para ser imitados. Webster define el modelo como “una apersona o cosa considerada la norma de excelencia a ser imitada”. Los modelos normativos son normas morales. Si los principios son las nociones fundamentales de moral verdadera, y si las reglas de acción son ordenanzas concretas que nos dicen lo qué es bueno, justo, misericordioso y humilde en una situación dada, entonces los modelos normativos son eslabones entre los principios y las reglas. Constituyen el contexto en el cual Dios y yo podemos interactuar.

Las teorías éticas sean cuales fueren, buscan tal elemento mediatizante. Para Aristóteles era el medio de oro, para Tomás de Aquino la razón práctica, para J. A. T. Robinson la situación y para Paul Lehman la coinoñía. Sin embargo, los modelos de la narrativa bíblica proveen una función sorprendentemente coherente y catalítica. En estas narrativas encontramos dimensiones multifacéticas de verdadero amor dedicado a sanar el alma humana en rebeldía. Cualquiera otra alternativa, como son confianza en los seres humanos, axiomas mediatizantes (razón humana, intuición, la sabiduría de la comunidad) por su naturaleza pecaminosa no puede ser confiable. Por esta misma razón, optamos la lectura de las Escrituras como una guía a la voluntad de Dios, al movernos de los principios a las reglas de acción durante el proceso de toma de decisiones. Recomendamos así mismo, la Biblia y las narrativas contenidas en ella, cuando sentimos la necesidad de justificar o evaluar nuestras preferencias.

La pregunta que repetidamente emerge siempre que alguien dice que las narrativas bíblicas no tienen ningún valor normativo es: ¿cómo sabemos qué narrativa es normativa y cuál no? ¿Deberíamos tomar como ejemplo el pecado de David con Betsabé o deberíamos mejor escoger el ejemplo de José la mujer de Potifar? Ambos casos son bíblicos. ¿Deberíamos imitar a Rahab cuando miente ocultando a los espías debajo del heno a fin de salvarles la vida o deberíamos mejor aprender la lección de Ananías y Safira o también el caso de la lepra de Giezi? ¿No son acaso los personajes de la Biblia hombres y mujeres, tan pecadores y débiles como tú y yo, por lo tanto, no aptos para ser modelos hoy? ¿Qué podemos aprender de ellos? A esta, una ilustración vendría bien a fin de clarificar la relación existente entre la moral bíblica y las normas. El séptimo mandamiento es un principio moral. Claramente dice: “No adulterarás” (Éxodo 20:14). Las relaciones íntimas extramaritales son prohibidas a todos, donde quiera, y siempre. En el Sermón del Monte Jesús clarificó el espíritu de los principios morales al declarar que el adulterio no se limita al acto físico. Es en el espíritu, en la mente y el corazón del ser humano donde este pecado ocurre primero (Mat. 5:28).

Obviamente, José demostró cómo un esclavo, bajo las más diversas circunstancias pudo resistir las insinuaciones de la esposa de su amo y permanecer fiel a un principio moral. A través de los siglos el caso de José ha sido un brillante ejemplo, un modelo perfecto para los jóvenes. El caso del rey David presenta el contraste más claro si lo comparamos con el caso de José. José era joven y soltero; David era viejo y casado. José era un esclavo; David era rey.

José fue provocado; David buscó la ocasión; José tuvo la oportunidad de cometer el pecado, pues ninguno de los siervos estaba en casa (Ger. 39:11), David mismo elaboró el plan y creó las condiciones que sólo un rey podía crear a fin de poseer a Betsabé. ¿Cómo podría el pecado de David llegar a ser un modelo normativo?

Cuando los eruditos arguyen y dicen que las historias de la Biblia reflejan la cultura local y las prácticas pecaminosas de su tiempo, y que por esa razón estas narrativas no tienen ninguna función normativa, y que por ende son parcialmente correctas. Las mentiras de Abraham, Rahab y Ananías; los adulterios de David y Salomón; el asesinato de Caín, las dos caras de Pedro en Antioquia y la negación que hizo de Cristo, o la traición de Judas, no son modelos a imitar. Pero estos casos también fueron escritos para nuestra enseñanza, de tal manera que podamos aprender de lo positivo y también de lo negativo que hay en las historias bíblicas.

Las narraciones bíblicas escenifican un contexto moral, una ética en la cual los principios morales fueron mantenidos o negados por hombres y mujeres de la Biblia. Para nosotros sirven como experimentos de laboratorio en los cuales los alumnos aprenden observando una reacción química, por ejemplo. Ver que sucede cuando el ácido sulfúrico y el azúcar se mezclan es más aleccionador que escucharlo en una charla. Al leer la Palabra de Dios podemos ¡"ver" a José, podemos sentir su angustia interna, su lucha entre los impulsos propios de su cuerpo y su compromiso con Dios. Podemos más fácilmente identificar, mediante la experiencia de José, la diferencia entre el principio moral que está involucrado en el séptimo mandamiento con cualquier otra regla moral de acción.

Los modelos normativos contenidos en las narraciones bíblicas demuestran las consecuencias de las preferencias morales. Puede haber un poco de confusión respecto a lo recto de un curso determinado de acción cuando comparamos las consecuencias de la decisión de José con la de David. Podemos aprender lecciones sin experimentar por nosotros mismos el pecado de David. Los modelos normativos nos ayudan a aprender en la experiencia de otros.

Hay veces nos preguntamos si a Dios realmente le gustase que sufriéramos por su honor. ¿Es Dios ese tipo de persona? ¿Cuán lejos podemos ir en nuestro compromiso y en la prueba? Los modelos normativos nos muestran cuán lejos llegaron los hombres y las mujeres de antaño en su fidelidad para con Dios. Establecieron una norma para la obediencia. Después de presentar una galería de modelos normativos en el capítulo 11 de la carta a los Hebreos. Pablo desafía a sus lectores a correr la carrera que nos es propuesta, puesto los ojos en Jesús el modelo supremo. Consideradle, dice Pablo. Observad su conducta. "Considerad a aquel que sufrió tal contradicción de pecadores contra sí mismo, para que vuestro ánimo no se cansé hasta desmayar" (Heb. 12:3). Jesús podría haber aminorado sus sufrimientos haberlos atenuado contemporiando con el mal. Pablo luego nos presenta el último desafío: "Combatiendo contra el pecado, aun no habéis resistido hasta la sangre" (Vers. 4)

Ya sea que el cristiano se vea confrontado con decisiones cotidianas o con dilemas extraordinarios, los principios bíblicos debieran acudir a su mente en primer lugar.

Un hijo de Dios sabe cuál sería la preferencia de Dios en una situación dada. Aun en el caso donde dos principios entran en conflicto, el acudir a los ejemplos bíblicos (modelos normativos) a menudo dará una solución al conflicto.

Una vez que los principios de acción llegan a ser claros, la aplicación de estos principios demanda una regla de acción más concreta y enfocada. Más ¿cuál norma es la correcta? ¿Sobre qué base escojo yo un determinado curso de acción y no otro? Los modelos normativos me dan la clave para ubicarme dentro de la norma.

Pero todavía queda una preocupación al contestar la pregunta anterior, respecto a los hechos registrados en la Biblia que están directamente en contra de un principio reconocido. ¿Imitaremos a Rahab en nuestros dilemas cotidianos? ¿Cómo podemos reconciliar su acción con aquellas declaraciones que dicen que los mentirosos no entrarán en el reino de Dios (Apoc. 21:8)? ¿Qué podríamos decir en su defensa? Pues diríamos lo siguiente:

1. Los modelos normativos proveen solamente un contexto, una ética. Fueron eventos mediante los cuales el observador puede hacer una decisión respecto a cuál acción ha de preferirse. Rahab y Pedro no son nuestros modelos. No es lo que David hizo lo que un buen cristiano debiera imitar. Es cómo Dios reaccionaría en un evento dado en la Biblia. La respuesta de Dios y no la flaqueza humana es nuestra salvaguardia en las decisiones morales. Y por cuanto estamos involucrados en un viaje juntos, y por cuanto él es omnipresente, ninguna palabra o acción podemos decir o tomar sin su presencia. Las Escrituras a menudo registran el gozo o la tristeza de Dios por los actos y las decisiones que los humanos hacemos o tomamos, y esta información es la fuente más importante de orientación moral.
2. Pero ¿qué podemos hacer cuando tal asesoramiento nos está disponible? La mentira de Rahab no recibe aparente atención. En Hebreos 11:31 se la reconoce no por su duplicidad, sino porque siendo una gentil, con fe tomó el riesgo de esconder a los espías que procedían de un ejército invasor. Si mentir fue encomiable, Pablo hubiera sabido como decirla. La situación en la cual Rahab se halló, no necesariamente da pie para mentir. Conozco un buen número de personas quienes han rehusado mentir en situaciones similares, quienes rehusaron dar información a los que no eran dignos de ella.

Además, tomar a Rahab como modelo para mentir, cuando esto no fue lo que la hizo digna de encomio en la Biblia, da por sentado lo que queda por probar. ¿Y por qué no legitimar la prostitución igualmente, siendo que ella era prostituta? Esta valerosa mujer pertenecía a una nación donde el conocimiento de los principios morales divinos se desconocía. Es importante que cuidadosamente seleccionemos quien nos servirá de modelo, aun en la misma Biblia.

En casos como los de Rahab donde ninguna información adicional de su mentira puede discernirse, lo mejor, en aras de la prudencia, es buscar otros modelos donde Dios interviene. Si salvar la vida es más importante que mentir, entonces a Abraham también se le debiera encomiar por sus mentiras (Gen. 12: 10-13). Sin embargo, aquí Dios intervino (Vers. 17), así como también intervino en el caso de Giezi y Ananías y Safira.

En mis clases a menudo los estudiantes se introducen con la siguiente pregunta: ¿"Qué haría usted sí...? Estas son preguntas muy peligrosas. Si yo quiero ser un buen cristiano, no puedo asumir que mis deseos viscerales sean la norma. La institución se puede usar en casos excepcionales. Situaciones hipotéticas así como situaciones reales debieran ser introducidas con: "Qué haría Cristo sí...?" Mi corta experiencia con pruebas extremas de fe me ha enseñado que Dios concede su gracia excepcional para situaciones excepcionales. No sé lo que haría si... Sé que no deseo transgredir ningún principio moral. Deseo permanecer comprometido con esto. También oro para que en momentos difíciles mi lealtad hacia Dios no sea sacrificada a fin de salvar una vida. Notemos el pensamiento que sigue proveniente de la inspiración:

"Ni aun la vida misma debiera comprarse con el precio de una falsedad. Por medio de una palabra o un ademán, los mártires podrían haber negado la verdad y salvar sus propias vidas. Sólo consintiendo en quemar un granito de incienso sobre el altar del ídolo podrían haber salvado su vida del potro, del cadalso o de la cruz. Más rehusaron ser hallados falsos en palabra y en hechos, a fin de que su vida les fuera concedida en premio. La cárcel, la tortura y la muerte fueron bienvenidas con clara conciencia, en vez de la libertad a costa del engaño, la falsedad o la apostasía. Por su fidelidad, y confianza en Cristo a cambio, les será concedido el manto de justicia y la corona de estrellas. Sus vidas fueron ennoblecidas y elevadas a la vista de Dios, por cuanto se mantuvieron firmes por la verdad bajo las circunstancias más difíciles".⁹

Las narraciones bíblicas nos presentan las historias de una gran nube de testigos, quienes se encontraron con Dios al final del camino. Esta es la norma bíblica; este es el modelo bíblico. Esta es la vida de Jesús nuestro maestro. "Considerad a aquel" (Heb. 12:3).

1. Reinold Niebuhr, The Nature and Destiny of Man. (New York: Charles Scribness, (1964), 1.
2. Ibid., 13, 13.
3. W. A., Henry, "Born Gay?" Time, 26 July 1993, 36-41.
4. M. G. Singer, "Moral Rules and Principles," in Essays in Moral Philosophy, ed. A. I. Melden (University of Washington Press, 1958), 160.
5. J. A. T. Robinson, Honest to God. (Philadelphia: The Westminster Press, 1963). 116ff.
6. D. G. Bloesch, Freedom for Obedience. (New York: Harper and Row, 1987), 7.
7. W. C. Kaiser, Towards Old Testament Ethics. (Grand Rapids: Zondervan, 1983), 43.
8. For some of E. G. White's statement about specific rules of behaviour see GC 65, 66; CH 294; EV 117, 118; MM 180; 5T 84, 85; 4T 335.-337.
9. E. G. White, Testimonies for the Church vol. 4, (Mountain View: Press Publishing Association, 1948), 336.

